HOMBRES TIERRAS Y GANADO

E. F. CAMPAL

Esteban F. Campal

Nace el autor en Villa Vieja, Dpto. de Florida, en el año 1913, transcurriendo su niñez y su adolescencia, en una pequeña fracción de campo heredada por sus padres, en quinta generación, de uno de los primeros pobladores de Montevideo.

Egresa de la Facultad de Agronomía en 1935 y contratado por el Ministerio de Economía, trabaja en el Paraguay durante 1938 y 1939, radicándose en las Misionee (San Juan Bautista). De acuerdo con una reciente ley de reforma agraria (Nº 1060), organiza allí una chacra experimental y una Colonia oficial con modestos campesinos de la zona.

De regreso al país, trabaja en una importante estancia de Soriano y administra luego un gran establecimiento ganadero en Paysandú. Adquirido éste junto con otros campos linderos, por el Banco Hipotecario, se constituyó la Colonia Chapicuy (hoy Dr. Baltasar Brum) de 35.000 hectáreas, que el Ing. Campal dirige durante cinco años, transformándose luego en colono de la misma, en una fracción que sigue explotando actualmente.

Designado Subsecretario del M. de Ganadería y Agricultura en 1950, desempeña este cargo hasta 1955, habiendo promovido la vinculación técnica con Nueva Zelandia, la FAO y la OEA, en materia de mejoramiento de praderas. Dirige entonces la confección del Bosquejo Agroeconómico del Uruguay, aún inédito, pero que ha servido de base a numerosos proyectos de desarrollo agropecuario. Promueve y estructura, además, el Plan de Mejoramiento Técnico de la Producción Ganadera, actualmente en ejecución.

En ese período representó al país en varias conferencias internacionales de agricultura y ocupó el asiento del Uruguay en el Consejo Directivo de la FAO, que lo contrató posteriormente para estructurar un programa de desarrollo agrícola en el Paraguay, donde estuvo nuevamente un año y medio. De regreso a Paysandú, fue electo Concejal en 1958, cargo que ocupa en la actualidad.

El Ing. Campal, que en los últimos años ha contribuido con numerosos artículos y conferencias al mejor conocimiento de nuestra defectuosa estructura agraria, para encarar su adecuada reforma, conoce muy de cerca la vida rural, no sólo del Uruguay, sino también del Paraguay, de la Mesopotamia argentina y de Río Grande del Sur. Agrega a ello, una especial versación sobre historia de la agricultura y de la colonización del Río de la Plata.

A mi madre, a mi esposa, a mis hijos y a los paisanos de los campos que se extienden desde el Tebicuary hasta el Plata, por lo que todos me han dado.

PROLOGO PARA

EL JOVEN LECTOR

De buscarse a propósito, no podría haberse elegido momento más propicio para la llegada de este libro que con tal, realmente, difícil modestia, con tanta pureza, con tan grave intención de servicio social, presenta a nuestra meditación el germen y el desarrollo de factores decisivos en la vida nacional desde la introducción de los primeros ganados y el sombrío período de la vida colonial, hasta los años de la Patria Vieja y la definitiva derrota de Artigas. Porque lo que en otro momento merecería apenas la atención de un núcleo reducido de estudiosos, hoy, estoy seguro, va a contar con un vasto ámbito de proyección en muy diversos sectores, y a ejercer así su magisterio con la merecida eficacia.

Es que asistimos a un intenso resurgir del interés por el pasado, interés que se fue dispersando y desvaneciendo en el transcurso de las generaciones anteriores. Y ello no sólo se percibe en este actual incremento del cultivo de los testimonios más externos e inocentes de los tiempos antiguos, su folklore; lo hace apreciar también la continua aparición de muy penetrantes trabajos históricos y de sociología, indicadores de que los aislados hombres dedicados en lo que va del siglo a esas disciplinas —entre quienes hay de los que han dado métodos y abierto caminos y logrado asimismo producciones fundamentales— hallan ahora una falange de continuadores con mucha, mucha más suerte que ellos, pues aumenta a ojos vistas el público lector y lo anima afán más apasionado, ya que se va haciendo necesidad bien lúcida el conocer a fondo aquello que fuimos y lo que, aun-

(1) He visto conjuntos de estudiantes alternar con cuadros de cantores y guitarreros profesionales —y sin cederles en la calidad de sus ejecuciones— en peñas folklóricas de las que abundan ahora en Montevideo.

que no lo quisiéramos, de ninguna manera hemos dejado de ser. Como pocas veces sucede con nuestra producción literaria pura, ahora suelen agotarse las obras de tal índole. Así, al mismo tiempo que están proliferando grupos tradicionalistas que ofrecen esmeradamente las formas artísticas nativas a la contemplación conmovida y a la reminiscencia personal, y más y más parejas de jóvenes entran diestras y con la unción de cumplir un rito al espacio dispuesto para recibir el leve pie inquieto, que como acaricia el suelo, y el másculo batir de los tacones, coincidentemente otros espíritus igualmente jóvenes, y tal vez muchos de aquéllos (1), atraídos igualmente por ese misterioso señuelo que hoy ha hecho aparición, buscan en el creciente acervo bibliográfico de sociología y de historia nacionales las rutas que conducen el alma a intuír el pasado y, a medida que sus imágenes se concretan, a recibir cada vez con más intensidad las sugestiones de aquel mundo de sus padres, donde el Cielito y el Triste, donde el Pericón y la Media Caña, que hoy vuelven a evocarse con tanta persistencia, fueron apenas algunos de sus elementos; como sus flores de embeleso, nada más, o como piadosos refugios, mejor, de un dolor que recién, estupefactos, empezamos colectivamente a descubrir, porque nuestros investigadores serios consiguieron hacerse atender muy poco por las clases que dirigían el destino cultural del país.

¿A qué se deben las circunstancias actuales, éstas que tan feliz, que tan útil van a hacer la presencia del libro del por muchos conceptos admirable Esteban F. Campal, y que permitirán que no se desvanezcan inconducentes en el vacío la ternura social, la piedad y el cariño fraternales, la serena imposición varonil que cada una de sus páginas implica?

Deben de haber muchas causas. Lo difícil es distinguir cuál es el factor más decisivo, y si no habrá entre estas causas algunas que en su ori-

gen fueron meros efectos de otras. Pero, una, me parece de bien rotunda evidencia: la disconformidad radical con el presente de las jóvenes generaciones. Esta desolada sensación tan generalizada, hace que intintivamente se busquen puntos de apoyo comunes, motivos de afecto, de admiración, de meditación comunes, porque cada ser se comprende muy solo, necesita con urgencia fraternizar, fraternizar hasta a lo lejos, y para fraternizar así hay que buscar a la madre común, la vieja madre esencial que es la patria. Lo que debe de ocurrir entre nuestros hijos — en cada uno a su manera: creándose enternecimento con Tristes y Milongas o inclinándose deliberadamente sobre los libros de nuestra historia y de nuestra sociología — es que, debido al gradual e incesante olvido en los últimos tiempos, los jóvenes de hoy se hallaron de manos a boca con que estaban con el alma sin asideros, muy distantes de sus fuentes, socialmente atomizados, cada uno inoperante para algo colectivamente grande e influidor; solos, cada cual en sí mismo como en un pozo, pues resulta más estéril que el hielo, y casi tan fría, la intimidad sin afectiva relación vasta y profunda con el medio: con los seres con quienes se trata y con aquellos a quienes ni siquiera se verá nunca; con el paisaje, con las flores y sus frutos, con las bestias, con todo lo que el humus de la patria levanta y sostiene. Sin advertirlo, generaciones y generaciones nuestras fueron viviendo circundadas por un cada vez más inmenso TIEMPO DE NADIE *que emergía vacío de toda presencia en cuanto la introspección se hundía más allá de lo que abarcó la directa relación con los padres y los abuelos, estos últimos ya borrosos, y borrosa por ende, en la mayoría, la relación, si sus inmediatos antecesores no alcanzaron alguna relevante significación. Y una agrupación humana así no constituye un pueblo; que éste exige poderosas ligaduras comunes entre sus integrantes, y ellas no pueden*

nacer de la proyección meramente individual, necesariamente restringida, sino que se tienden desde allí donde el ser es más que aquel a quien identifica su propio nombre.

He dicho alguna vez que la nación es un estado fluctuante de una colectividad. Tiene períodos de debilitamiento y de acentuación. De cada generación depende que ella sea, y el grado de su existencia. Se nos puede ir de las manos en pleno ejercicio de la soberanía. Requiere algo más que independencia; es preciso el complemento, complemento sine qua non de una dependencia recíproca, aceptada con ternura y como el más imperioso deber. Para ello, es necesario que se den ciertas precisas constancias en los nacimientos; que haya algo de común entre los nacidos hasta en sitios diferentes del territorio, y que tal vez no han de relacionarse personalmente. Y lo que cala hasta los huesos la semejanza es la devoción común a una tradición común. Sobre cada memoria que despierta a la vida está asomada, y espera, la historia de su raza. Tradición viene de tradere, de traditium, ENTREGAR. Ella implica la ineludible obligación de recibir.

El fenómeno actual de "regreso a las fuentes" que se percibe, está bastante fatalizado, me parece — ante la conciencia de tanta soledad individual y de un mundo tan hostil —, por el impulso a estrecharse reavivando los desmayados vínculos comunes al calor de la atención al pasado, para retomarle la esencia — sus ansias, sus frustraciones, sus sueños resultantes —, y sentirse, así, cada uno un poco todos; sin lo cual no hay nación sino tierra con gente encima.

En un ambiente espiritual así, siento que el ingeniero Esteban F. Campal y su "Hombres, tierras y ganados" llegan para encontrar su mejor, su más adecuada caja de resonancias. Perdurará con más persistencia en el corazón nacional la sensación amarga de comprobar — asimismo más intensamente, más como cosa propia que hace unos

años —, cómo Hernandarias fue el primer gran defraudado por la codicia que sentó sus reales en nuestra tierra inocente en cuanto ella produjo riquezas para hacerle trizas su sueño tutelar de "muchos pobladores con grande aprovechamiento de labrança y criança", con "solteros que se pudiesen casar con las hijas de los conquistadores... a los cuales se les darían sumas de Ganados..." "...por la gran vondad de la tierra"; ha de sentirse ahora más a lo vivo la iniquidad de ese desde el principio burlar las leyes, todavía hoy ejemplares, de la colonización, para anularlas al fin, de hecho y, después, de derecho, provocando la rapaz apropiación de tantos miles y miles de leguas por unos pocos, mientras. "...los nietos y muchos de los hijos de los Pobladores no tienen un palmo de terreno suyo para labrar o criar ganados". Es más que con melancolía, es, realmente, bajo punzante compasión, sin la cual — cada vez se comprenderá mejor — no se hace digno de leer este libro, que ha de irse advirtiendo cómo, asimismo, se opera con atroz rapidez esa regresión social y espiritual determinante de que el abuelo canario o castellano — llegado aquí con la promesa de "una suerte de estancia y semilla y 200 vacas y 100 ovejas y herramientas, además de alimentos por un año" —, casi en todos los casos debiera contemplar con estupor la figura del hijo de su hijo convertido en el gauderio feroz que podía pasarse muy bien sin plato y ya no sabía comer con tenedor y cuchara. Y, sobre todo, el infinito dolor, la inmensa soledad de Artigas, aparecerá en toda su imponencia; hasta los niños reconocerán — y sería bueno abandonar en ocasiones este libro a los niños — cómo no pudo volver ya más aquí, aunque Francia y aunque López lo hubieran permitido. La independencia y la constitución del 30, entre lo mucho que pasaron por alto o desvirtuaron, no consagraron que "los más infelices serán los más agraciados". Artigas no podía venir, pues,

sino en pie de guerra. Pero ya no era más que un viejo con su viejo asistente al lado. Sólo en el irrefrenable extravío de los sueños, por lo menos cuando fue a entrar en el definitivo, se le escuchó: "¡Mi caballo!", al gran derrotado.

No se saldrá de la lectura de "Hombres, tierras y ganados", pues, sino ennoblecido por una gran tristeza, por una grave preocupación de ésas que levantan muy persistente ternura solidaria. En el fondo del ser, ninguno de los que austeramente hemos hecho libros en nuestro país deseamos para ellos otro efecto que ése. Pero es tan difícil lograrlo, que muy contados lo han conseguido plenamente. De ahí lo poco que envanece, o el franco desdén, de ahí, por lo que se llama éxito: el reconocimiento general de logros parciales como si fuesen el cumplimiento de la intención más íntima y mejor.

Campal, Campal lo va a obtener. Este libro tan sin énfasis, tan en tono menor, que en ningún momento deja ver el largo y más que arduo esfuerzo de su preparación; que hace difícil percibir, en su casi, casi diríamos candor, la agudeza y la energía mental que se requiere para mantener la nitidez expositiva en medio del caos de circunstancias, de testimonios, de autores a que hay que atender, será un breviario para quien, entre el trajín cotidiano que a cada cual obliga a reducirse a ser él, sólo él bajo el acorralamiento cotidiano de la lucha por la existencia, busca hacer emerger en su conciencia al hombre común que hay en su ser (¡y con qué grave alegría se le enfrenta!) a fin de sentir que está realmente compartiendo su vida con los otros, y no dejar extinguir la varonil sensación de que su felicidad sin la de los demás es un privilegio injusto, y de que tanto más debe obrar por la paz ajena cuanto mayor sea la que le anega el alma cuando, a la noche, orienta sus pasos hacia la luz de su casa.

FRANCISCO ESPINOLA